

la divina Providencia para consuelo de muchos ilustres confesores que confirmó en la fe, y para enseñanza y salvacion de gran número de fieles. Dejósele libertad para hablar á sus amigos, y se aprovechó de ella para la conversion de muchas almas; porque el glorioso título de confesor de Jesucristo daba nuevo lustre á su virtud, y añadía mucha eficacia á su zelo.

Habia cerca de dos años que estaba detenido en la prision, cuando volvieron de Cilicia cinco cristianos, naturales de Egipto, que habian conducido á algunos confesores condenados á las minas, y estos dieron ocasion al gobernador Firmiliano para poner en la cabeza de Pámfilo la corona del martirio. Luego que los cinco egipcianos entraron en Cesarea se declararon por cristianos, y en el mismo punto fueron llevados á la cárcel, donde mostraron indecible gozo por encontrar en ella á Pámfilo; lo que sabido por el gobernador, mandó que así éste como los cinco extranjeros compareciesen en su presencia.

Preguntó á estos de dónde eran, y cuál era su patria. Respondió el mas jóven: todos somos cristianos, y los cristianos no tenemos otra patria que la Jerusalem celestial, á la que esperamos arribar presto por medio del martirio. Aturdido el gobernador con esta respuesta, mandó que á todos seis los quitasen la vida.

Oyó pronunciar esta sentencia un muchacho de diez y ocho años, criado de S. Pámfilo, que se llamaba Porfirio, y pidió licencia en alta voz para enterrar los cuerpos de los mártires, por lo que allí mismo fué arrestado. Preguntóle el gobernador si era cristiano, y le respondió que solo era catecúmeno, pero que esperaba merecer la dicha de bautizarse en su misma sangre, la que estaba pronto á derramar por la fe de Jesucristo. Enfurecido Firmiliano al oír tan intrépida respuesta, mandó á los verdugos que le atormentasen sin piedad, si en aquel mismo punto no sacrificaba á los dioses; y negándose resueltamente á hacerlo con una fortaleza que asombró á los circunstantes, fueron despedazadas sus carnes, hasta que se le descubrieron los huesos. Duró largo tiempo este suplicio, y le sufrió Porfirio sin exhalar una sola queja. Su paciencia apuró la del gobernador, y mandó que fuese quemado vivo á fuego lento; lo que así se ejecutó, habiendo llegado el primero á la corona el que fué el último para entrar en el combate. Bañóse su semblante de una celestial alegría, y solo abrió la boca para pronunciar el nombre de Jesus, cuando vió que se acercaban las llamas para sofocarle.

Inmediatamente pasó á la cárcel un cristiano de Capadocia, llamado Seleuco, á dar á S. Pámfilo la alegre noticia del martirio

de S. Porfirio, y como saludase con beso de paz á uno de los mártires, allí mismo fué preso por cristiano, y sentenciado á perder la cabeza por el cuchillo, lo que se ejecutó al instante.

Parece que el martirio de S. Pámfilo franqueaba aquel dia la puerta del cielo mas que lo ordinario; porque á Seleuco siguió luego Teodulo, viejo venerable y criado antiguo del gobernador, que le estimaba mas que á los otros familiares suyos por su bondad y por su mucha prudencia. No se puede ponderar la cólera de Firmiliano cuando se le presentaron como delincuente, y su delito fué el mismo de Seleuco, abrazar á un santo mártir. Condenóle su amo á morir como el Salvador enclavado en una cruz, que era el suplicio de los esclavos. Y cansado el gobernador con la constancia de todos aquellos generosos mártires, hizo que le trajesen á S. Pámfilo con otros dos ilustres confesores de Jesucristo, Valente, diácono de la iglesia de Elia, y Pablo, natural de Jamnia, hombre de mucha virtud. Informado de que todos tres habian sido atormentados en tiempo de su antecesor, y conociendo bien por su aire, por su alegría y por su serenidad, que perderia el tiempo en volver á tentarlos para que sacrificasen á los idolos, lo que solo serviria para esponer á nueva confusion su autoridad, los condenó á que los cortasen la cabeza. Al mismo tiempo de la ejecucion entró en Cesarea un jóven de Capadocia, llamado Julian, cuya virtud, cuya fe, y cuyo zelo eran ya muy conocidos. Antes de entrar en la ciudad tuvo noticia de lo que pasaba en ella, y corriendo prontamente para ser testigo del combate de los mártires, halló ya sus cadáveres tendidos en el suelo; abalanzóse á ellos, abrazólos y besólos con tan santa intrepidez, que aturdió á los mismos paganos. Prendiéronle allí mismo, y le llevaron delante de Firmiliano, que colérico y rabioso al ver que los mas crueles tormentos solo servian para encender mas el fervor de los cristianos, mandó que luego le quemasen vivo á fuego lento, como á S. Porfirio, y fué el duodécimo que consiguió la corona del martirio en este mismo dia primero de junio de 309. Cuatro dias y cuatro noches estuvieron espuestos de orden del gobernador los santos cuerpos para que las fieras los despedazasen; pero ninguna se llegó á ellos en todo este tiempo, y á vista de tan clara proteccion del cielo se concedió libertad á los fieles para que los retirasen y los diesen sepultura.

SAN IÑIGO Ó ENECO, ABAD DE OÑA.

SAN Iñigo, decoroso ornamento del orden de S. Benito, uno de los grandes héroes que han dado mucho honor á la Iglesia de España, nació en Calatayud, ciudad antiquísima y muy noble de la corona de Aragon. Sus padres fueron muzárabes, esto es, cristianos mezclados con los árabes, los cuales se dedicaron con el mayor cuidado á dar á Iñigo una educacion conforme á las piadosas máximas del santo Evangelio; y aunque en aquella desgraciada época estaba casi toda España inundada de africanos, tuvieron el consuelo de ver al niño brillar entre los bárbaros, como la hermosa rosa entre las espinas. Robó el tiempo á la posteridad los hechos de la puericia de Iñigo; pero por la gran reputacion que ya tenia en su juventud, podemos inferir la santidad en que pasó los primeros años de su vida. Llamáronlo *Eneco*, nombre usado en Aragon, trocándose despues en Castilla con el de Iñigo.

Llegó el ilustre jóven á la edad de discrecion, y como el Señor le habia prevenido con todas aquellas gracias conducentes al fin para que le destinaba su adorable providencia, comenzó á pensar seriamente sobre el estado que debia seguir, para llegar á la cumbre de la perfeccion á que aspiraba. Llamóle Dios al estado religioso, y aunque se inclinó desde luego á abrazarlo, con todo la invencibilidad de la naturaleza, y los artificios de que se valió el demonio para impedirlo, trastornaban casi todos los medios que tomaba el Santo para poner en ejecucion sus ardientes deseos. Hallábase agitado el corazon de Iñigo con un tropel de pensamientos que suspendian el curso de su determinacion; pero ilustrado con una luz superior, que le dió á conocer las máquinas del demonio, dejó su patria, sus padres y sus cuantiosos bienes, y se retiró á los montes Pirineos, con ánimo de atender únicamente al importante negocio de su eterna salvacion. Cuando se vió en lugar tan retirado de todo comercio humano se sintió mucho mas encendido en el amor á los ejercicios eremiticos, y desde aquel punto no tuvo otra ocupacion que la de dedicarse á la contemplacion de las grandezas divinas, y de las verdades eternas, gastando en oracion los dias y las noches.

Florece en aquel tiempo en la observancia religiosa el célebre monasterio de S. Juan de la Peña, establecido en lo alto de las montañas de Jaca, donde el rey Sancho de Aragon y Cantabria habia puesto por abad á Paterno, varon esclarecido en ciencia y en santidad, que de Cluny habia traido la reforma de la vida

monástica en que florecia. Llegó á entender Iñigo los progresos que hacian en la virtud los individuos de aquella ilustre casa, y como sus deseos no eran otros que los de su propia santificacion, resolvió abrazar la regla de S. Benito, que ilustraba á todo el Occidente con el simbolo de su admirable santidad, y con el crecido número de tantos varones ilustres. Con este objeto se condujo al monasterio de S. Juan de la Peña, y manifestando su intencion al abad Paterno, le rogó humildemente que se dignase admitirlo entre los monges de su comunidad. Esploró á fondo Paterno la vocacion de Iñigo, y conociendo por los rumbos que habia seguido hasta entonces, que resultaria grande honor á su religion en tener un sugeto de aquel carácter, lo admitió gustosísimo. Desnudóse el Santo de todas las insignias seculares, y con ellas de todas las concupiscencias de la carne, y comenzó á practicar los ejercicios de la vida religiosa con tal espíritu y con tal fervor, que no dudaron los monges, que dentro de breve tiempo seria Iñigo uno de los mas decorosos ornamentos del instituto benedictino, como lo acreditó la esperiencia. Hizo el enemigo de la salvacion cuanto pudo para interrumpir los piadosos conatos del célebre novicio; pero cuantas veces le atacó con las tentaciones mas violentas, quedó vencido vergonzosamente.

Hizo Iñigo su solemne profesión con empeño formal de imitar en lo posible á su esclarecido patriarca, y con efecto salió la copia parecida en todo á su original; de suerte que todos y cada uno de los monges admiraban en él un modelo acabado de la perfeccion religiosa. Vivió algunos años en el monasterio de san Juan de la Peña amado y aun venerado de todos por sus eminentes virtudes; pero como Dios le estaba siempre inspirando ardentísimos deseos de vida mas retirada, todas sus ansias y todos sus suspiros eran por la soledad. Pidió licencia á su abad para retirarse á un espantoso desierto; y no dudando Paterno que era el espíritu de Dios el que dirigia los impulsos de Iñigo, le dió el permiso que solicitaba, el cual era muy frecuente en aquellos siglos para con los religiosos, que apetecian semejantes indultos por el fin insinuado. Retiróse en efecto Iñigo á las montañas de Aragon á satisfacer sus deseos, y soltando las riendas á su fervor, resucitó con sus austeridades aquellas espantosas imágenes de penitencia, que se leen de los solitarios de la Tebaida, de la Nitria, y de la Siria. El rigor de su abstinencia, de sus ayunos, y de sus continuas mortificaciones atenuó las fuerzas corporales del ilustre anacoreta; pero confortado su espíritu con la divina gracia, vigorizaba con ella lo que destruía su aspereza.

Deseaba Iñigo vivir enteramente desconocido en el mundo;

pero como la luz colocada sobre un monte no puede ocultar sus resplandores, tampoco pudieron oscurecerse los de aquella antorcha luminosa. Corrió la fama de la santidad del famoso solitario por toda aquella region, y atrajo el buen olor de su virtud á un gran número de personas al desierto donde habitaba, á ver aquel prodigio de la divina gracia, y aprovecharse de sus saludables instrucciones. Aunque todo el consuelo y todas las delicias del Santo las tenia en el retiro, en la oracion y en la contemplacion, jamás dió la mas leve señal de resentimiento, viéndose rodeado de tantas gentes que perturbaban su quietud; antes bien las recibia con la mayor dulzura y con suma caridad para atraerlas á Dios, á cuyo fin les hablaba con tanta energía y con tanta elocuencia sobre los caducos bienes de la tierra, sobre los falsos atractivos del mundo, sobre la brevedad de la vida, y sobre los horrores de la muerte, que abandonando muchos el siglo, se quedaron en la soledad, para atender únicamente al negocio de su eterna salvacion bajo la enseñanza de tan hábil maestro.

Cuando así brillaba Iñigo en las montañas de Aragon, ocurrió la muerte de Garcia, primer abad del monasterio de Oña, y deseando el rey Sancho nombrar un digno sucesor al difunto, al que habia puesto en Oña para establecer la regla de S. Benito, despues que fué instruido con Paterno en Cluny, creyó que ninguno podria satisfacer sus deseos sino Iñigo, de quien era tan pública la fama de su santidad. Envió ciertos nobles oradores para que le persuadiesen á aceptar el empleo, y aun le escribió, que debia preferir el bien comun al particular que para sí solo disfrutaba en el desierto. Asustó al ilustre solitario la embajada, y respondió á los emisarios con un testimonio nada equívoco de su profunda humildad: *¿Qué especie de prudencia ó discrecion encuentra en mí el rey, para que piense fiar la abadia de Oña á un miserable hombrecuelo? Si no ha experimentado mi flaqueza, ¿como quiere elegir por superior al que está escaso de paciencia, de espíritu y de ciencia? ¡Ay de mí, si por solicitar el bien de otros, no atendiese al mio! Por tanto estimo mas acertado custodiarme entre el silencio de la vida privada, que peligrar en el ministerio público; y así decid al rey lo que os he espuesto, para que conozca que no es para abad un pecador miserable.*

Refirieron los emisarios á Sancho llenos de edificacion lo que oyeron y vieron en el célebre anacoreta, y volvió á enviar otros varones respetables, para que le convenciesen. Hicieron estos cuantos esfuerzos son posibles para reducir á Iñigo; pero lograron el mismo efecto que los primeros oradores. Crecian en el rey

los deseos cuanto era mayor la repugnancia del siervo de Dios, y viendo inútiles todos los medios de que se habia valido, pasó personalmente al desierto donde estaba el Santo, y supo persuadirlo con tan poderosas reflexiones, y sobre todo con que resistia á la voluntad de Dios, que rendido al fin, le trajo consigo al monasterio de Oña, y le encargó su gobierno.

Fáciles son de creer los efectos que produciria una eleccion tan acertada, por medio de la cual queria el Señor que fuese Iñigo padre, maestro y director de muchas almas dedicadas á su santo servicio; y manifestándolo así, acreditó desde luego la diferencia que hay en que las dignidades busquen á los sugetos, ó los sugetos á las dignidades. No ignoraba el Santo, que era otra la razon del hombre privado á la de un superior; y bajo este conocimiento comenzó á obrar segun exigia el ministerio de abad. Consideró preciso para el acierto de su gobierno el ejercicio de la caridad, y estimulado de los impulsos de esta reina de las virtudes, atendia con la mayor vigilancia al socorro de todas las necesidades de sus súbditos; para lo cual enseñaba á los ignorantes, consolaba á los afligidos, alentaba á los débiles, asistia á los enfermos, y reducía al camino recto á los distraidos: en suma, practicaba todos los oficios que pueden apetecerse en un perfecto prelado; pero no por eso dejaba de usar de rigor cuando lo pedia la necesidad, porque como sus deseos no eran otros que el que brillase en su monasterio la perfeccion religiosa, no disimulaba los defectos con facilidad, ni los reprendia con severidad, pues sabiendo hacer uso de ambos extremos con temperamento, lograba el fin sin darse por ofendido el corregido; siendo por su porte tan discreto, amado y venerado de todos en el tiempo que gobernó aquella comunidad.

El rey D. Sancho, por amor al santo abad, dió muchos paños de seda y cosas pertenecientes al culto, exenciones, confirmaciones de privilegios, pueblos y heredades, y el lugar de Piernegas y Santa María de las Muelas. Su hijo el rey D. Ramiro de Aragon le dió el lugar de Rubena junto á Burgos en el año 1037. Llevólo tambien á la conquista de Calahorra en el año 1045.

Aunque las sabias y las zelosas exhortaciones del insigne abad eran capaces de alentar á los mas tibios á la perfeccion que eran llamados, lo que les daba mayor eficacia era su ejemplo, y los maravillosos prodigios con que quiso Dios manifestar sus eminentes virtudes. Habia en el monasterio de Oña un monte de áspera condicion, y de una soberbia incomparable; procuraba el Santo amansar aquella fiera indómita con suavísimas palabras,

ponderándole siempre que en la humildad consistia toda la perfeccion religiosa; pero aunque el áspero monge deseaba practicar los saludables consejos de su prelado, dejándose llevar de su depravada naturaleza sugerida del enemigo comun, volvía á sus habituales resabios. Pidió arrepentido al Santo en una ocasion, que rogase á Dios que le concediese la humildad que apetecia: hizolo Iñigo con fervorosa oracion, y desde aquel momento se trasmutó el monge de soberbio en humilde, de áspero en pacífico, y de turbulento en amante de la paz.

Tambien se debió á la oracion del Santo el siguiente portento: encendióse en dos pueblos contiguos al monasterio de Oña tan reñida contienda sobre ciertos intereses, que acalorados sus vecinos, amenazaba una ruina fatal en ambas poblaciones: supo Iñigo la discordia, y armado de un santo zelo, se arrojó á pacificarles. Obedeció una de las partes, nombrándole árbitro para la decision de la controversia; pero seducida la otra por un famoso ladron, jamás quiso acceder á los medios de la paz; mas el Santo habló con tal espíritu y con tal elocuencia al perverso incitador, que no pudiendo resistirse á la eficacia de sus saludables persuasiones, le pidió perdon del atentado postrado á sus pies. Trájole consigo Iñigo al monasterio, y rogando á Dios por la conversion de aquel hombre forajido, consiguió para él una gracia tan eficaz, que confesándose, bañado en amargo llanto, de sus atroces delitos, pidió una celda en la misma casa, y fué en adelante un verdadero ejemplar de penitencia.

Aunque era tan pública la eminente santidad de Iñigo, con todo no le faltaron émulos, que procurasen manchar su alta reputacion. Vivian cerca de Oña dos sugetos poderosos, tan amigos como semejantes en las depravadas costumbres; los que se burlaban con tal insolencia de todas las acciones del ilustre abad, que no contentos con injuriarle de palabras, pasando á las obras, se atrevieron á querer destruir los bienes del monasterio. Sufria Iñigo con inalterable paciencia semejantes insultos, por ver si con su modestia y con su resignacion podia contener los atentados de aquellos enemigos; pero viendo que no se conseguia alguna enmienda por este medio, recurrió á Dios para que les corrigiese. Oyó el Señor sus reverentes súplicas, y queriendo vengar los desprecios hechos á su amado siervo, dispuso que riñesen ambos poderosos, y se quitasen la vida reciprocamente.

Llegó el tiempo en que quiso Dios premiar los grandes merecimientos de su fidelísimo siervo: acometióle la última enfermedad en un pueblo llamado Salduengo, y conociendo que se

acercaba la hora de su muerte, no obstante el peligro en que se hallaba, tomó el camino para Oña á fin de consolar á sus hijos. Era ya oscurecido cuando llegó á los términos de su casa, y se le presentaron dos hermosísimos niños vestidos de blanco con hachas encendidas en las manos, los cuales le alumbraron hasta que llegó al monasterio. Mandó á los monges que hiciesen á los niños alguna espresion por aquel oficio caritativo; pero no encontrándoles, creyeron sin la menor duda que fueron ángeles, y que su santo padre no lo advirtió anegado en dulces contemplaciones.

Postróse Iñigo en su pobre cama, y agravándose por instantes la enfermedad, pidió y recibió los últimos sacramentos con profundísima humildad. Exhortó en seguida á sus amados hijos á la observancia religiosa; y quedándose en una dulce quietud, prorumpió en estas voces: *Mira, Señor Rey mio, y Esposo de mi alma, que insta la hora tan deseada por mi, para que libre de los trabajos de la vida presente, pase mi espíritu á gozar la gloria eterna: ve que ya se llega el tiempo en que libre del cautiverio de esta Babilonia, se enardece el ánimo para caminar á la vision pacífica. Yo te amo, yo te deseo, en ti espero, no me confundas eternamente.* Cuando el ilustre abad se esplicaba en estos ecos, se llenó el ámbito de la celda de un resplandor celestial, y se oyó una voz que dijo: *Ven, alma dichosa, á gozar la bienaventuranza de tu Señor, para que con él te goces eternamente:* y dicho esto, se vió subir á los cielos la dichosa alma de Iñigo en el dia 1.º de junio del año 1071, acompañada de ángeles cantando: *Bendito es, Señor, tu escogido, y digno de entrar en las moradas eternas.* Los monges que vieron aquel feliz tránsito, llenos de admiracion y de alegría, clamaron en alta voz: *Venerable padre, abad escelente, ilustre confesor, y bienaventurado Iñigo, mira nuestra afliccion, y para tus hijos, que todavia viven en este valle de lágrimas, alcanza del Señor que nos libre de los males de la vida presente, y nos conceda benigno todos los auxilios, para alegrarnos contigo sin fin en los cielos.*

Celebraron los monges los funerales de su santo padre con aquella pompa, y con aquella solemnidad que exigian sus grandes merecimientos, y depositaron su venerable cadáver en un sepulcro elevado, el cual hizo Dios célebre con repetidísimos milagros; siendo tantos así en vida como despues de su dichoso tránsito, como pueden verse en los tres libros que escribió el P. Juan Bautista Dameto. Quiso Juan, sucesor del Santo, templar la pena de los monges, y predicó en sus exequias una ora-

cion fúnebre, que nos da idea de las eminentes virtudes de este héroe verdaderamente digno de los mas altos elogios. En ella dice: «Hemos visto, hermanos, llenos de alegría entre lágrimas y sollozos como ha sido arrebatado el justo de esta vida. No habrá lugar tan remoto en el orbe de la tierra al que no haya conmovido el tránsito de nuestro santísimo padre Iñigo, ni sitio tan ajeno de la religion cristiana, donde no se llora su muerte. Cierto es que llora la Iglesia por haber perdido á tal sacerdote; pero se alegra el paraiso habiendo recibido á tan gran Santo: lloran los pueblos; pero se alegran los ángeles: gimen las provincias; pero se alegran los lugares de los Santos en la recepcion de aquel, que deseaba diariamente volar á ellos, cuando decia: ¡Cuan amables son, Señor Dios de las virtudes, tus tabernáculos! varon santo, digno de que toda boca te alabe: el que si vivió, no fué solo para sí sino para utilidad de nosotros, brillando en la casa de Dios no bajo una medida sino sobre el candelero, de suerte que con su luz ilustró á muchos, dejándose ver suave y manso entre la soberbia del siglo. Convertido á Cristo distribuyó sus bienes entre los pobres, y como si fuese poco este heroísmo, les buscaba en todas partes para mantenerlos y para vestirlos. ¿A cuantos no libró de las cárceles? ¿á cuantos cautivos no redimió? ¿y á cuantos oprimidos no pagó sus créditos? Jamás se irritó en términos que no se acordase de la misericordia; pero ¿como podia proceder de otra suerte quien despreciaba las contumelias, y evitaba los odios? ¡Oh varon admirable, digno de las alabanzas de todos los Santos! El en verdad siguió los ejemplos de todos los patriarcas: fiel fué como Abram, crédulo como Isaac, benigno como Jacob, magnifico como Melquisedec, pródigo como Josef; manso como Moisés, sacerdote como Aaron, inocente como Samuel, misericordioso como David, sabio como Salomon, apóstol como Pedro, amable como Juan, cauto como Tomás, doctor como Pablo, pródigo como Esteban, y fervoroso como Apolo; en sustancia, imitó á los apóstoles, á los abades, y á los obispos en el cuidado, en la fe y en la caridad así de su monasterio como de la Iglesia. Todo esto tuvo, y todo esto observó fielmente nuestro santo padre en el tiempo de su vida, y por lo mismo cuando ha sido llamado á los tabernáculos celestiales, vuelvo á repetir lo que dije arriba, dolióse la tierra, pero se alegró el cielo: lloró la carne, pero se glorió el espíritu; por lo que no solo los cristianos sino es los judíos y paganos que concurren á las exequias de Iñigo, rasgaron sus vestiduras de sentimiento.»

Mantúvose el cuerpo del Santo en el primer depósito, hasta

que siendo abad del monasterio de Oña Juan de Baca, lo trasladó, dia 18 de enero del año 1598, á una capilla propia del Santo con asistencia del rey D. Alonso VII, por sobrenombre el Emperador, del arzobispo de Burgos, de varios prelados, nobles y pueblos que concurren á solemnizar aquel acto, en el que se abrió la arca antigua donde estaban las reliquias del siervo de Dios, y se llenó todo el ámbito del monasterio de un olor fragrantísimo, que tocando á las narices de varios enfermos, consiguieron una perfecta salud. En virtud de estos milagros, y de otros muchos que se justificaron sucesivamente, canonizó á S. Iñigo el papa Alejandro III, y Gregorio XIII concedió varias indulgencias á los que visitasen la capilla del Santo, segun escribe Yepes en la Crónica Benedictina.

Deseosos los de Calatayud, patria de Iñigo, de tener algunas reliquias de su compatriota, hubieron del monasterio de Oña en el año 1600 un hueso del siervo de Dios, el cual recibieron con las demostraciones de la mayor veneracion; y habiéndolo elegido por patrono, hicieron voto de celebrar su fiesta en el 1.º de junio, que fué el dia de su felicísimo tránsito.

El monasterio de S. Juan de la Peña alcanzó tambien un hueso de este su antiguo habitador el año 1644. Otras reliquias suyas se veneran en la parroquia de la villa de Oña, en el convento de Valvanera y en el de Ubaranes. Celebran su fiesta las diócesis de Burgos y de Calahorra y toda la congregacion benedictina. A Clemente XII pidió nuestro católico rey Felipe V el año 1735 pusiese el nombre de S. Iñigo en el Martirologio y estendiese su festividad á toda la Iglesia.

La misa es en honor de S. Iñigo, y la oracion es la siguiente:

Háganos, Señor, agradables cançemos lo que no podemos á tí, como te lo pedimos, la in- esperar de nuestros propios mé- tercesion de S. Iñigo abad, ritos. Por nuestro Señor; etc. para que por su patrocinio al-

La Epistola es del capítulo 45 del Eclesiástico.

Amado de Dios y de los truos. Glorificó en presencia hombres, y su memoria en de los reyes, dióle preceptos, bendicion. Hizolo igual á los que intimase á su pueblo, y le Santos en la gloria, y grande y mostró su gloria. Santificó en terrible á sus enemigos; y con su fe y en su mansedumbre, y las palabras amansó los mons- y lo eligió de entre toda carne.

Porque él escuchó su voz, y lo públicamente le dió sus preceptos, introdujo en la nube. Y públicamente y ley de vida y de ciencia.

REFLEXIONES.

Y públicamente le dió sus preceptos, y ley de vida y de ciencia. Asombro es que esta ley no sea mas generalmente observada. Pues siendo como es ley del Altísimo, ¿quién puede resistirse á obedecerla? De la observancia, ó de la infraccion de esta ley pende nuestra felicidad ó infelicidad eterna; ¿pues quién se atreverá á violarla? ¿De donde nacerá la inobservancia de la divina ley en muchas personas, que por otra parte tienen una vida arreglada? No de otro principio que de los respetos humanos. Este es un fantasma imaginario, este es el grande escollo figurado en que se estrellan tantas almas. Pero en sustancia, ¿qué vienen á ser esos respetos humanos? No otra cosa que un espantajo forjado por la fantasia, abultado por el amor propio, del que se vale el enemigo comun para intimidar á las almas pusilánimes.

¡Cuántas personas tocadas de la gracia de Dios, espantadas á vista de sus desórdenes, se rendirian á los impulsos de la gracia, si la vana aprehension de los juicios del mundo no sofocaran en ellas las mas sanas resoluciones!

Remordimientos agudos, proyectos de conversion, deseos virtuosos, nuevo plan de vida, todo da al través en ese infeliz escollo. Quiérese mas bien pasar la vida entre las tribulaciones de una conciencia atormentada; quiérese mas vivir en la desgracia de Dios; quiérese mas arriesgarlo todo, perderlo todo, que esponerse á la zumba y á la censura de un monton de mentecatos, á quienes siempre pone de mal humor el mérito de los otros, y no pueden tolerar sean mas prudentes que ellos los que en otro tiempo no fueron mejores.

¡Vióse jamás en el mundo temor mas mal fundado, ni condescendencia mas irracional é injusta! Se está en la firme persuasion que va errado el camino, y se conoce la necesidad de una pronta reforma; la gracia solicita, el tiempo vuela, la fe, la razon, y el buen ejemplo, todo conspira á sacarnos del peligro, todo grita que es menester reformarnos. Conviénese en esto; pero el vano fantasma del qué dirán, ó pensarán los hombres, turba y desconcierta los pasos de una gloriosa carrera.

Aquel hombre del gran mundo, aquel jóven tan discreto, aquella dama llena de vanidad y de presuncion, desengañados ya de las falsas ideas que deslumbran, hallan cierto nuevo gus-

to á la virtud. El horror de los desórdenes pasados, y los dictámenes arreglados que concibieron movidos de la ilustracion de la gracia, prometian una dichosa conversion, una reforma pronta. Ya estaban, por decirlo así, con un pié en la tierra de promision, cuando el temor de unos monstruos fingidos, fabricados puramente por un terror pánico, por una imaginacion desconcertada, los detiene, los desalienta, y los hace volver atrás. ¡Buen Dios! ¿será posible que nuestra imaginacion únicamente ha de ser fecunda en obstáculos, en dificultades, y en monstruos cuando se trata de entrar en vuestro servicio?

El Evangelio es del cap. 19 de S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Pedro á Jesus: He aquí nosotros lo hemos abandonado todo, y te hemos seguido: ¿qué premio pues nos será dado? Mas Jesus les dijo: En verdad os digo, que vosotros que me habeis seguido, en la regeneracion, cuando se sentare el Hijo del hombre en la silla de su majestad, os sentareis vosotros tambien sobre doce sillars, juzgando á las doce tribus de Israel. Y eualquiera que por mi nombre abandonare su casa, ó sus hermanos, ó sus hermanas, ó su padre, ó su madre, ó su esposa, ó sus hijos, ó su hacienda; recibirá ciento por uno y poseerá la vida eterna.

MEDITACION.

De los respetos humanos.

PUNTO PRIMERO. — Considera, que los respetos humanos son una injusta preferencia de los juicios de los hombres sobre los juicios del mismo Dios. ¿Qué cosa mas irracional, ni mas indigna de un hombre de bien, y de un hombre cristiano?

Témese disgustar á quien nada importa darle gusto, ni dejar de dársele; y no se teme desagradar á Dios, siendo ésta la mayor de todas las desdichas: y es lo peor, que se quiere desagradar á Dios por no desagradar á los hombres.

Tiénese vergüenza, témesese mucho el ser tenido por devoto; es decir, por siervo fiel de Dios, por discípulo de Jesucristo, por religioso observador de su ley y de sus preceptos. Si esto sucediese en medio del gentilismo, lloraríamos la desgracia de aquellos cristianos cobardes, de aquellos semi-apóstatas; ¡pero que esto suceda entre los cristianos, que en medio del cristianismo se tenga vergüenza del Evangelio! ¿Pueden su-

bir mas de punto la irreligion, la impiedad y la malicia?

Hónrase uno de estar en servicio de los grandes del mundo, ¡y se avergüenza de estar en servicio de Jesucristo! ¿De cuando acá es cosa vergonzosa ser hombre de bien, ser virtuoso, ser fiel?

Los disolutos, los mundanos hacen vanidad de las diversiones gentílicas, de las acciones mas afrentosas; ¡y los cristianos se han de correr de las acciones mas santas! ¡Ha de alabarse uno de pasar los dias enteros en el juego, de entrar en todas las partes de diversion, de brillar, de sobresalir en las concurrencias del mundo; y le han de salir los colores al rostro porque se le vea en el tribunal de la penitencia, al pié de los altares, en el templo santo de Dios con modestia y con respeto! ¡No ha de tener valor para decir, y aun se ha de enfadar de que se sepa, que acaba de salir de unos dias de retiro, de hacer unos santos ejercicios! Con qué viveza, con qué empeño se niega, ó se oculta, que se ha visitado á los pobres del hospital, que ya se ha dejado el juego, que ya no se concurre al baile, que se ha desterrado para siempre de los espectáculos, que se hace profesion descubierta de ser cristiano, y que se cree al oráculo, que dice: *El que negare á Jesucristo delante de los hombres, será negado de Jesucristo delante de su Padre.* ¿Esta conducta es estravagancia, ó es impiedad? ¿es irreligion, ó es locura? Todo lo es ciertamente.

¡Ah, mi Dios, qué confusion, qué dolor siento de haber tenido hasta aquí mas atencion á los hombres que á mi soberano dueño! ¡qué vivamente detesto tan vergonzosa, tan impia preferencia! Vos, Señor, á quien está patente mi corazon, estais viendo lo que siento y lo que pienso.

PUNTO SEGUNDO.—Considera, que si un discípulo de Cristo se hubiera mezclado entre el pueblo de los judíos, y hubiera gritado como ellos: *Viva Barrabás, y muera Jesus*, ¡qué indignacion, qué horror no se tendria aun el dia de hoy contra aquel impío apóstata, y con qué execracion no se escucharia su nombre hasta el fin de los siglos en toda la Iglesia!

Pues digo, ¿y el preferir el mundo á Jesucristo por un vil respeto humano es menos injurioso á Jesus? ¿es menos escandaloso? ¿es menos horrible? ¿queda acaso por este cobarde, por este ingrato discípulo, que la ley de Dios no perezca? ¿Qué dirán si me reformo? ¿si no asisto ya á los saraos, á los convites, á las funciones del carnaval; á las fiestas licenciosas? Pero dime; ¿y qué dirá Dios si asistes á ellas? Mas no importa; con

Dios nó se cuenta, se hace poco ó ningun caso de que diga lo que dijere; puede mas una necia vergüenza, un loco respeto humano. ¡O mi Dios! y á vista de esto ¡quién negará ya que es muy necesario un juicio universal, que es indispensable la severidad de la divina justicia!

Si haces esa buena obra, si enmiendas tus costumbres, si frecuentas los sacramentos, si entablas una vida regular y mas cristiana, los hombres de juicio, de virtud, te alabarán, Dios lo aprobará, y tú te alegrarás eternamente. A la verdad algunos libertinos, algunas mujeres mundanas, sin honra y sin cabeza, te zumbarán por algun tiempo. Pero, qué! ¿has de hacer tú caso de lo que dice semejante gentecilla? ¿has de hacer aprecio de sus insulsas, de sus impías necedades? ¿y las has de temer hasta sacrificar tu paz, tu salvacion y tu alma?

¡Qué! ¿un necio, un impío desaprueba la ley de Dios, y yo sacrifico mi deber, mi religion, mi conciencia á la impiedad, al capricho de ese necio? ¿Puede haber mas odiosa estravagancia? Los mártires siguieron esta ley, defendieron esta ley á costa de su vida: ¿en buena fe estarán prontos á defender la misma ley, hasta derramar su sangre por ella esos corazones dominados por los respetos humanos?

Bien sé, Señor, que jamás seré siervo vuestro, si quiero agradar á los hombres. Pero esto es hecho, Señor: ya no mas cobardía, ya no mas humanos respetos, cuando se trata de servirlos. Mas que desagrado á todo el universo, como os dé gusto á vos, Dios mio, nada me importa: desde este mismo punto pongo toda mi gloria en servirlos á vos, en agradaros á vos, cuidando poco de agradar ni desagradar á otro.

JACULATORIAS.—Rompamos ya las cadenas del respeto humano y sacudamos ya de nuestras cervices la tirania de su yugo. (*Psalm. 2.*)

Complácese Dios en despreciar tambien á los que no hacen caso de su majestad por complacer á los hombres; y tiene gran gusto en llenarlos de confusion. (*Psalm. 52.*)

PROPOSITOS.

1 No se pase el dia sin dar alguna prueba del desprecio que haces de los respetos humanos, y muestra en toda ocasion que no te avergüenzas del Evangelio. ¿Cúmplese con estas dos obligaciones de palabra y de obra? Has hecho resolucion, y se lo has ofrecido á Dios de no jugar esta Pascua, de no concurrir mas al

baile, de desterrarte para siempre de los espectáculos. Pues di públicamente, y dílo con toda resolución, que no quieres jugar hasta tal tiempo; que has renunciado eficazmente y para siempre todo concurso, toda diversion peligrosa; que quieres servir á Dios con mayor edificacion y con mas fidelidad que lo has hecho hasta aqui: levanta la voz, y di con toda claridad, que quieres pensar seriamente en el negocio de tu eterna salvacion; y que estás resuelto á no perdonar á medio alguno para conseguirla: di, que no quieres tener otra regla para tu conducta que las máximas de Jesucristo, y los dictámenes del Evangelio. Todo pende de decirlo con brio y con resolución; si muestras timidez, date por vencido. En materia de costumbres una vigorosa determinacion vale una victoria. Pero no te contentes con declarar el partido que has tomado; haz que tus obras prueben tu resolución. El mundo solo persigue con sus zumbas, con sus frias bufonadas á los virtuosos tímidos y cobardes, á los que se avergüenzan de parecer lo que son; pero á los que públicamente hacen resuelta profesion de serlo los mira con respeto y con veneracion. Si temes responder franca y descubiertamente con aire libre y resuelto que vas á encomendarte á Dios, que vienes de la iglesia, esa necia cobardía, ese contemporizar fuera de tiempo prueban que la intencion no es la mas pura, que tu fe está muy tierna, que tu devocion es muy dudosa. Mirase esa media devocion como una especie de escena cómica, con que quieres divertir al público; y eso es lo que hace reír á unos, y pone de mal humor á otros. Y con efecto, si estás resuelto á servir á Dios sinceramente, ¿á qué propósito avergonzarte de una cosa que á todo el mundo honra tanto?

2 Es error persuadirse uno que seria vanidad declararse tan presto y tan descubiertamente por el partido de la virtud. Este es el maligno artificio de que ordinariamente se sirve el demonio para engañar á las personas que se convierten. Pero acuérdate, que es un excelente medio para perseverar en la virtud profesarla desde luego á cara descubierta. Este generoso, este ruidoso principio hace que las mismas armas del enemigo sirvan para combatirle: una vez que se abrazó públicamente el partido de la virtud, la honra, la razon, y hasta los mismos respetos humanos sirven de barrera para defenderse de la inconstancia. Tarde ó temprano se conoce el buen efecto de aquellos primeros pasos: despues de haber metido tanto ruido, seria mucha vergüenza volver atrás. ¡Dichosa necesidad! ¡dichoso fruto de aquella animosa declaracion!

3 ¿Quieres, pues, librate desde luego de los importunos

sobresaltos del amor propio, y de los artificiosos lazos del enemigo? Pues afecta, por decirlo así, dejarte ver en público con un vestido modesto, con una compostura, con unos modales, que ellos mismos estén publicando tu mudanza: muéstrate resuelto y determinado por todas tus respuestas prontas y precisas en punto de la virtud. Una de las mas piadosas y de las mas útiles declaraciones es ir á oír misa con modestia, y con devocion ejemplar en aquellas mismas horas, y á aquellas mismas iglesias donde antes te dejabas ver con tan poco respeto, y con tan ninguna reverencia. Algunos cristianos hay tan generosos, y tan santamente intrépidos, que de propósito comulgan algunas veces en la misa de los indevotos, de los perezosos, es decir, en la misa de once, ó doce, á que suelen concurrir los pisaverdes. Ciertamente que son muy debidos al público estos buenos ejemplos. Guárdate bien de detenerte un punto en confesar que vas á visitar al santísimo Sacramento, que vienes de hacer lo mismo con los pobres, etc. ¡Pues qué, se ha de hacer vanidad en el mundo de decir que se va, ó se viene de la comedia; y se habia de tener vergüenza de decir que se va á la iglesia, ó que se viene del hospital! Ten horror toda la vida de una timidez, de una cobardía tan indigna.

DIA II.

MARTIROLOGIO.

EL TRIUNFO DE LOS SANTOS MÁRTIRES MARCELINO, PRESBITERO, Y PEDRO, EXORCISTA, en Roma; los cuales desde la prision instruian á sus compañeros en la doctrina cristiana; y habiendo sufrido muchos y crueles tormentos en tiempo de Diocleciano, fueron degollados por sentencia del juez Sereno en un lugar que se llamaba Selva negra, el cual en honor de estos santos se llamó despues Selva blanca. Sus cuerpos fueron sepultados en una gruta junto á S. Tiburcio; y mas adelante S. Dámaso, papa, adornó su sepulcro con un epitafio en verso. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SAN ERASMO, obispo y mártir, en Campaña; el cual en tiempo del emperador Diocleciano, primeramente fué azotado con cordeles empuñados, y cruelmente apaleado, y despues le bañaron con resina, azufre, plomo derretido, pez, cera, y aceite; de todo lo cual salió ileso. Maximiano tambien le hizo atormentar cruelmente en Formi ó Mola con diversos é inhumanos suplicios; mas Dios por un efecto del poder divino le conservó intacto, para que otros fuesen confirmados. Por último lo llamó el Señor, y murió santamente esclarecido con la gloria del martirio; su cuerpo fué despues trasladado á Gaeta. (*Véase su historia en las de hoy.*)